AGENDA DE VERANO

ANATOMIA DE LA PLAYA

A lo largo de la playa de Sitges, esta uña de arena mediterránea que limita el Norte con la redonda panza en que se enclava la parroquia y al Sur con la farola de Terramar, los catalejos de nuestros abuelos, tuvieron, seguramente, ocasión de emplearse para apresar las imágenes de las bañistas y saborear y comentar sus siluetas tentadoras. Cuando uno recuerda, en las fotografías de principio de siglo, aquella especie de puestos de mando pseudomilitares en los que los sesudos varones que frisaban por entonces la cincuentena oteaban el horizonte, comprende todo lo que el semidesnudo femenino a la luz del sol tenía de sorpresa, de inesperado espectáculo. Una cómica desproporción se daba entre la longitud de los catalejos y la de los escotes femeninos, porque la verdad es que aquéllos eran desmesuradamente largos y éstos reducidos. Los observadores registraban, especialmente, el juego de las entradas y las salidas. El de las entradas, porque las beldades llegaban al borde mismo de las olas protegidas a partes iguales por el albornoz y la bañista y sólo entonces se lucían plena, aunque efímeramente; el de las salidas, porque el traje mojado se ceñía a sus formas y las subrayaba. De tan sugestivas contemplaciones no hubiera sido lícito regalarse acercándose por encima de lo que las buenas maneras, la discreción y, a falta de esto, los padres y los novios, permitían, y, en consecuencia, era menester una honesta distancia que los catalejos, en unos casos, y los prismáticos, en otros, acortaban. En San Sebastián, los diputados romanonistas, que el famoso Conde empollaba bajo los toldos de Ondarreta, suspendían sus dimes y diretes políticos para tragar saliva, pálidos, ante la diosa de turno.

Sería empresa vana, en la playa de Sitges, buscar hoy catalejos ni para un apuro. De las casas cercanas salió de urgencia, en cierta ocasión memorable, para ver no sé qué exótico portaaviones, uno, viejísimo, pero, en el interín, han desfilado mil y mil osadas bañistas, sin que nadie se haya molestado en darles escolta al través de los cristales de aumento.

¿Qué es lo que ha sucedido, amigos? ¿Por qué ese cambio? La playa, es cierto, se ha desnudado, pero —reconozcámoslo sin consumir moralina, esa droga tan adormecedora y grata para ciertos graves señores— se ha hecho más limpia. La moda femenina ha ido evolucionando desde 1900 a hoy y aumentando, salvo leves etapas de estancamiento y aun de reversibilidad, su audacia, pero la verdad es que nuestros ojos han encajado sin malicia ese progresivo deslizamiento. Si se me preguntase cuál es la dominante en las playas de 1961, diría que la deportividad. Hace cincuenta años, la lascivia. De tal manera es esto así, que el mayor freno para el desmán nos viene tanto de la estética como de la moral. La playa provoca hoy más risas que suspiros. Aquella barrica bamboleante y adiposa que ostenta «un dos piezas» se ha ganado la multa, cierto, pero no del Gobierno Civil, sino de la Dirección General de Bellas Artes. Aquella adolescente corriendo al encuentro de las olas que la acogen entre sus brazos jubilosos, de la que adivinamos el cordaje de los músculos elásticos, con los rubios cabellos brillando al sol bajo el ceñidor de gasa azul, el vientre convexo apoyado sobre las piernas aplomadas, el seno sometido a la presión del bañador, no encontrará en su ruta municipal alguno capaz de amonestarla, porque todos nos alzaríamos contra su autoridad irritadamente. Y que los severos dómines, a los que con frecuencia decepciono, me perdonen tanta arbitrariedad, porque aunque sé que los preceptos legales obligan con el mismo rigor a todas las anatomías, tanto a las clásicas como a las irregulares y deformes, yo me resisto a que se las mida por el mismo rasero.

Ha cambiado, sí, la idea de la playa. Antaño la ocupaban dos clases de devotos: los contemplativos —cuello y corbata—, y los actuales —traje a rayas—. Casi me atrevería a decir que los últimos eran los menos. Por cada bañista, había tres o cuatro espectadores que enmascaraban, tras una heliofilia convencional, las oscuras razones de su presencia. Hoy se hace difícil encontrar sobre la arena gentes que no se bañen. Sólo los que venden refrescos y esas mujeres que ofrecen trabajos de Lagartera. Por cierto, ¿qué extrañas vinculaciones existirán entre el hecho de tomar el sol pacíficamente y el de sentirse, de pronto, tentados por la urgencia de comprar una mantelería? Jamás, palabra, he comprendido cuáles sean, pero alguna subterránea, imperceptible para mí, ha de haber, porque esa oferta se repite varias veces cada verano. El mundo del comercio, señores, es un misterio. Sin catalejos, pues, uno ve y es visto. Como es obvio, recibe trescientas veces lo que da. Uno es «aquel señor de gafas que lee LA VANGUARDIA». Parva aportación. Frente a uno, desfilan ininterrumpidamente, a más de tritones variopintos, sirenas de diverso tonelaje, hijas de familia, guapitas profesionales: todo un abigarradísimo y multicolor muestrario de la humana fauna. Pero ya sin capacidad de perturbación apenas, sin producir tumultos como antaño, devueltas, por así decirlo, a la Naturaleza. Cuando Venus recobra toda su fuerza tentadora es, más tarde, pululando por las calles a las que el nuevo horario ha robado, sin beneficio de nadie ni de nada, la última luz, o apurando las bebidas de los bares o bailando bajo las estrellas. El genio de la especie trabaja, sin duda, con mucha mayor eficacia en esos cotos que al borde del mar. El exiguo recinto del Bar Oliva ha recogido muchas más promesas de amor eterno que el que señorea la Comandancia de Marina. Porque, al fin y al cabo, el traje surgió no sólo por una necesidad de protección y de moral, sino de belleza, para engalanar la línea femenina, para reducir los estragos y las crueldades del tiempo, para insinuar, que es siempre más incitante que mostrar.

La playa, aun descontadas las excepciones magistrales que, de vez en cuando, nos deslumbran, nos deja, eso sí, una idea bastante entristecedora sobre la estética media. Pone de relieve la avaricia con que la Naturaleza contribuye al ornato público y lo difícil de alcanzar que es la perfección. Por eso, la playa como escenario es un mediocre espectáculo. Nuestros padres, sin embargo, la recorrían con el espíritu de los abonados a la Sociedad de Palcos. Nuestros hijos van a ella como al gimnasio. Para nuestros padres, era casi el pecado, para nuestros hijos el solarium. Sin desconocer las máculas de que esta nueva concepción de las cosas adolece, creo que, al fin y a la postre, nuestros hijos tienen razón.

Joaquín CALVO-SOTELO
de la Real Academia Española

La Vanguardia 31 ago 1961